

de la Sala por este ó por aquel, y algunos instantes despues el sugestionado muy á menudo había perdido el recuerdo de haber cantado, sin fijarse en que había concluido un trozo comenzado ó suspendido. [1]

Los hechos que acabamos de exponer son muy simples, pueden verificarse y hasta explicarse psicológicamente con la mayor facilidad. Si avanzamos un poco mas encontraremos el contagio de la locura. Lasagne ha descrito admirablemente la locura á dos, haciendo ver como dos individuos con el mismo género de vida, los mismos cuidados, las mismas inquietudes, dos esposos, dos viejas hermanas, de inteligencia igual, acaban idénticamente por las mismas ideas, las mismas desconfianzas, los mismos odios. Que una de esas personas se vea sujeta á alucinaciones

[1] Para las personas que no han pasado por la escuela de medicina debo añadir que la disección es un trabajo intelectual que no absorbe constantemente toda la actividad del alma y que se puede al mismo tiempo silbar y cantar. Podría compararse el trabajo de disección al del pintor ó escultor.

Tarde [Revue des Deux Mondes, 15 nov. 1873 p. 367] citando este hecho que yo le comuniqué agrega: "El Doctor Bagenow alienista ruso, refiere un rasgo que confirma y amplifica singularmente la observación del Doctor Aubry.

Hace 10 años en un teatro de Moscow, Sarah Bernhardt representaba la "Dama de las Camelias." En el quinto acto y en el momento mas dramático, cuando todo el mundo estaba suspendido de sus labios y se hubiera oído volar una mosca, Margarita Gautier muriéndose de tisis se puso á toser. En el instante una epidemia de tos se apoderó del auditorio y durante algunos minutos no se pudo oír á la grande actriz." "Un touseur continuel irrite mon poulmon et mon gosier."

[Montaigne.]

auditivas, por ejemplo, primero vagas, la "incuba" acabará por imponerlas á la "sucuba." Esta última, despues de haber resistido quizá, en definitiva se identificará completamente con el delirio de la otra. Desde ese momento los dos delirios seguirán una marcha paralela. Lo locura á tres y á cinco es muy rara pero existe [1]

Fé é refiere tambien (2) curiosos ejemplos de locura comunicada á los perros de razas degeneradas adoptando la inmotividad de sus dueños convirtiéndose en agoráfbos,

[1] Wolleberg. [In Corre, "Crime" et Suicide, pag. 220] admite una especie de "infección psíquica," bajo tres formas: 1^o locura comunicada (un sujeto B. se deja sugerir por otro ideas delirantes, que germinan en su cerebro trastornado); 2^o locura impuesta (un individuo B. no se deja sugerir ideas delirantes, mas que por parte y al contacto de otro individuo A; luego que está separado de este último, escapa á esas ideas delirantes); 3^o la psicosis de B, no es continente de la de A, sino al principio de la enfermedad; mas tarde prosigue una evolución, independiente y personal; 4^o locura simultánea [las psicosis contraídas de un modo aislado é independiente por A y por B, se influncian reciprocamente,] casi siempre la trasmisión del trastorno mental se efectúa de una persona á un pariente, mas ó menos próximo. Supone las predisposiciones habituales, precisamente encontradas de ordinario entre personas del mismo tronco.

"Los hechos contemporáneos científicamente observados, explican demasiado los hechos de tiempos pasados tan malamente interpretados por Magistrados ignorantes y fanáticos." Es de notarse que basta un brujo para hacer quinientos." Bodin al escribir estas líneas ["Demonomanías, P. 80."] no piensa en la imitación, en la irradiación contagiosa de actos mórbidos; no vé en esa multiplicación real mas que efecto de un celo de convertidores "agradables al diablo." No sospecha tampoco la trasmisión hereditaria de un defecto adquirido "y ordinariamente la mujer atrae á su marido, la madre lleva á su hija si se trata del Sábado y algunas veces continúa así la familia por muchos siglos y está probado por infinidad de procesos."

(2) Sociedad de biología 28 de Febrero de 1893.

sin atreverse á atravesar una calle ó soportar ciertos olores.

En una Sala de histéricas cuando una es atacada de catalepsia pronto las otras quedan en el mismo estado. Y un epiléptico ó un histérico que no haya tenido ningun ataque, que vea caer á un enfermo y bien pronto caerá bajo el dominio del mismo mal. ()

Llegamos á la multitud en la que desaparece la individualidad y que forma una especie de un todo obediente con la mayor facilidad á la impulsión de algunos. Los alborotadores, que, cosa notable, no son por lo general gentes muy inteligentes, sino al contrario, casi siempre degeneradas, imponen no obstante, á las masas, sus deseos y sus odios, arrastrándolos a los peores excesos, como lo veremos después.

En los asesinatos de Septiembre, dicen los cronistas, fueron sacrificadas al principio algunas personas, y luego, la vista de la sangre, la embriaguez que produce, excitaron á la multitud, que habiéndose contentado al principio con ver á las primeras víctimas, se precipitó sobre los prisioneros matando furiosa al azar y no deteniéndose abrumada por la fatiga, hasta que no hubo á quien inmolar.

[1] Hagamos constar el hecho siguiente: un hombre casado, cada vez que su mujer llegaba al periodo de sus reglas experimentaba algunos fenómenos equivalentes.

Pero esa trasmisión de la idea, esa sugestión, lo hemos dicho yá, no se impone al primer venido. El incubo y el succubo, el sugestionador y el sugestionado, deben tener, sobre todo el último, determinadas cualidades. El que impone su voluntad, su idea una individualidad aislada ó á una multitud que refuerza hasta cierto punto la personalidad con la de sus oyentes, no es siempre, repetimos, un individuo superior. Debe tener, sin embargo, una especie de fuego sagrado, que por su violencia, ó por su persuasión "insinuante," ó por su ejemplo, haga pasar al alma de su auditorio.

El sugestionado, el succubo, presenta también un estado de alma particular. No es al primero que se presente, al que por un medio cualquiera persuadirá para que cometa un homicidio, preciso es que tenga una receptividad especial, preparada más ó menos anteriormente. Esa receptividad, estará preparada por la herencia, la degeneración: por las neurosis latentes ó probadas: por la educación y el ejemplo en la familia: por la prensa y las novelas: por esas innobles costumbres que poco á poco embotan y después destruyen el sentido moral, y arrebatan á la inteligencia el peso social de sus actos.

¿Hay motivo para admirarse al ver que un perdido, cualquiera que sea la clase á que

pertenezca, mate á su rival ó á la mujer que lo hace vivir? No, porque esto está en el orden de las cosas. Por el contrario, causa penosa sorpresa, ver á un hombre honrado y de irreprochable conducta, cometer un crimen, olvidando su dignidad y su honor. En una palabra, el estado de receptividad se preparará ó determinará por todo lo que provoque una especie de desagregación, según lo que expresa Janet, ocasionando como una aparición ó perversión de personalidad.

Ya puede comprenderse ahora como la idea homicida, que emane de un individuo, de una lectura, de un ejemplo, de una lección de cosas, como se dice hoy, penetrando en un individuo en estado de exceptividad, obra de una manera absolutamente comparable á la del microbio arrojado en un buen caldo de cultura: la idea germinará, crecerá, madurará y en un momento dado secretará tóxicos que harán de un cerebro normal un cerebro criminal.

Por otra parte, puede decirse que no hay necesidad de hacer esa demostración; y citaremos muchos ejemplos en el curso de esta obra, justificando que casos simultáneos se producen independientemente unos de otros bajo la acción de una misma causa: una epidemia, la ya célebre influenza por ejemplo,

ha engendrado una recrudescencia de locura, suicidios y crímenes; merced á ella existe un ambiente que estimula disposiciones latentes formando múltiples estallidos aunque independientes los unos de los otros, sin motivo ocasional y común y creado ó á lo menos aumentando el estado de receptividad. Las tormentas políticas forman una especial, que puede absolutamente compararse á ciertas constituciones medicinales sospechosas, que son eminentemente favorables, al nacimiento y desarrollo de diversas epidemias desde que interviene la más ligera importación de una epidemia.

Puede la epidemia por el contrario estallar simultáneamente por todas partes, sino derivarse de un contagio perfectamente determinado, de un foco aislado como en los casos de brujería, monomanía é histeria de los conventos de Leudun, (1) etc... puede derramarse en una multitud y con una gran intensidad. Por desgracia no nos faltarán ejemplos de esta especie.

Notemos en fin que de la misma manera

(1) Solo desde hace pocos años se ha conocido la verdadera naturaleza patológica de esas epidemias. Los trabajos de Esquirol, Breerre de Boismont, Cailmeil, Prosper Lucas, Moreau de Tours, Trelat, para no citar mas que los principales, han sido el origen de los descubrimientos más precisos y exactos, y la escuela de la Salpêtrière ha arrojado nuevos rayos de luz sobre el estudio de esos fenómenos, clasificándoles definitivamente, y asignándoles su verdadero puesto en el cuadro nosológico.

que las locuras individuales, toman formas momentáneas y en cosas del momento (antes la posesión diabólica, despues la policía secreta, hoy el teléfono ó la dinamita) ó bien de hechos políticos mas especiales ¿No hemos tenido muchos locos que se creían el general Boulanger, y ultimamente no se ha presentado en el Eliseo un enajenado dándose el nombre de Tzar?

Veremos también que el crimen afecta por series, diversas formas: hubo un tiempo en que eran frecuentes los envenenamientos, que despues fueron reemplazados por el despedazamiento general y el vitriolo.

El contagio del asesinato existe pues con certidumbre: quizás se nos objetará con apoyo de las estadísticas de Socquet [1] que tal contagio no existe, puesto que el número de los delitos no aumenta sensiblemente. Nadie duda del contagio del cólera morbo y sin embargo la mortalidad disminuye en cada epidemia en tanto que por el contrario la tuberculosis aumenta en considerables proporciones.

En una sociedad que tiene la pretensión de ser tan civilizada como la nuestra, la criminalidad debería tender á su desaparición y sinó aumenta tampoco disminuye. En ese estado de cosas con nuestras costumbres dul-

(1) J. Socquet "criminalité en France" de 1826 á 1880, Paris, Asselin, 1884.

ces, el "statu quo" no puede considerarse sino como una progresión ascendente y el crimen aumenta ó ha aumentado, à lo menos, en estos últimos años. Bajo el aspecto objetivo es verdad que ha comenzado á disminuir pero todo prueba la multiplicación de áELITOS ocultos hasta un punto tal, que parece marchamos á una completa desagregación social: en la escala elevada los políticos no marchan sino con adehalas y propinas como en el negocio de Panamá; (1) los emprendedores por su parte se hacen pagar trabajo que no desempeñan; en la escala inferior no hay conciencia en ninguna parte. Esa desmoralización es la consecuencia de una incontestable acción contagiosa.

DIVISION.

Este trabajo se dividirá en tres partes:

En la primera estudiaremos el contagio del asesinato en sus formas generales; buscaremos cuales son sus grandes factores: la familia, la prisión, el espectáculo de las ejecuciones, la lectura. Este es el verdadero contagio

(1) ¡Panamá! En ese negocio puede hacerse un hermoso estudio psicológico sobre el "contagio del robo;" los emprendedores y los ministros roban á la administración: los administradores á los accionistas (accionistas poco dignos de interés, pues con raras excepciones se suscribían con la convicción de que su capital les produjese un interés fantástico.) Y además, notemos de paso que habilísimos emprendedores, han sabido darse un "quitus." ¿Por qué medios? fácil es adivinarlo.

En la segunda parte, estudiaremos el contagio del asesinato en algunas de sus formas especiales, el vitriolo, el revolver, los envenenamientos, el despedazamiento criminal, el duelo y el suicidio. En esta parte veremos, que el espíritu de imitación reemplazará al contagio.

Y en la tercera le encontraremos en todo su brillo examinando las epidemias y endemias después de haber bosquejado como transición el crimen á dos.

PRIMERA PARTE

De los principales factores del contagio del asesinato.

CAPITULO I

Contagio por la familia.

En la cuestión que tratamos, la influencia de los medios, desempeña un papel cuya importancia nadie pone en duda; pero para que esa influencia se haga sentir, es necesario otro factor. Para que el contagio produzca todo su efecto, es preciso que encuentre un terreno especial, preparado, en el que se desarrollen sin dificultad sus perniciosos efectos: es indispensable en una palabra, que haya predisposición adquirida ó hereditaria. No debe inferirse sin embargo de lo que precede, que todo lo hereditario tiene que ser fatalmente presa de la enfermedad; lejos de nosotros tal pensamiento. No obstante en el curso de este trabajo podría verse, que son muy pocos los que escapan al mal que por todas partes les rodea.

“La herencia obra sobre las mas tristes formas del estado pasional y es el oríjen de